

## ROMERO MURUBE, LA ACADEMIA Y VILLALON \*

*por JOAQUIN CARO ROMERO*

Hace unos días evocaba yo la figura y la obra de don Joaquín Romero Murube en los Reales Alcázares, mi estrecha vinculación discipular y amiga con el hombre y el poeta que el tiempo sustancia- liza con una transparencia que hiere y reconforta en medio del ejem- plo vital y literario de su legado. Aquí y ahora mi aproximación a su figura va a ser distinta.

Tenía que transcurrir más de medio siglo para que Joaquín Ro- mero Murube, en espíritu al menos, tomara de alguna manera po- sesión del sitio que le ofreció esta Real Academia de Buenas Le- tras. Porque el acto de esta noche, en conjunta convocatoria de dos Academias —Buenas Letras y Bellas Artes—, equivale a una reafirmación de vínculos académicos y humanos en los que la pro- visionalidad de la materia ya no cuenta, porque la muerte no se rige por ningún estatuto ni reglamento. La historia que voy a con- tarles empieza con don José Mariano de Mota y Salado y termina hoy con don Eduardo Ybarra Hidalgo, inspirador de este acto en memoria de don Joaquín Romero Murube. Voy a intentar expli- carlo lo mejor posible, apartándome de la máxima machadiana que dice:

---

\* Texto leído el 25 de noviembre de 1994 en la sesión pública conmemorativa del XXV aniversario de la muerte de don Joaquín Romero Murube por el Académico D. Joaquín Caro Romero.

«Obscuro para que atiendan;  
claro como el agua, claro  
para que nadie comprenda».

Tenía 38 años Joaquín Romero Murube cuando fue llamado al seno de esta Real Corporación, en virtud de una propuesta suscrita por los numerarios señores Sebastián y Bandarán, López Martínez, Bermúdez Plata, Hernández Díaz, Mota y Salado, López Cepero y Muru y marqués de San José de Serra. Corría al año de 1942. El electo, señor Romero Murube, ya era por entonces autor de «La tristeza del Conde Laurel», «Prosarios», «Hermanita Amapola», «Sombra apasionada», «Dios en la ciudad», «José María Izquierdo y Sevilla», «Siete romances», «Sevilla en los labios» y «Canción del amante andaluz».

Fue pasando el tiempo y don Joaquín no leía su discurso de ingreso. Al año siguiente de su elección publica, con prólogo de Eugenio Montes, un libro que lleva por título «Discurso de la mentira». En 1944 —hace medio siglo— da el Pregón de la Semana Santa de Sevilla. En 1945 ve la luz su poemario «Kasida del olvido». Los años pasaban y don Joaquín sin leer el discurso, que el entonces director de esta Academia, don José Mariano de Mota y Salado, le requería una y otra vez. Hasta que llegó el año 1948 —el año en que publica «Tierra y Canción» y «Ya es tarde»— y la Academia declara su plaza vacante, tras seis años de espera, cinco más de lo marcado en su Estatuto.

Todo esto, señoras y señores, ya pertenece a la historia anecdótica o a la anécdota histórica. ¿Por qué don Joaquín Romero Murube no leyó su discurso de ingreso? «¡Misterios de la psicología literaria!», dijo él, para otro día confesar por escrito: «El único discurso que yo debía haber hecho en mi vida es el de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras». («Corazón de poeta nadie lo entiende».)

Joaquín Romero Murube siempre tuvo abiertas las puertas de esta Academia. Veintisiete años después de su elección la Academia le envió «un escrito comunicándole la conveniencia de escribir el discurso de ingreso para causar alta como académico». Don José Sebastián y Bandarán —en octubre de 1969, un mes antes de su muerte— le rogó que lo redactara, ya que se había producido una vacante en la Academia con la muerte del poeta Salvador Fernández Alvarez. «Una de mis últimas conversaciones con Romero Murube —me comentó por aquellas fechas don José Sebastián— versó

alrededor de este tema, y me prometió que, efectivamente, iba, por fin, a escribir este año el discurso sobre la vida del conde del Aguila, que fue un antiguo asistente de Sevilla, que a la sazón desempeñaba el oficio de alcalde».

¿Hubiera escrito don Joaquín su requeridísimo discurso? Yo me atrevo a aventurar que sí. Joaquín Romero Murube, que no hubiera desentonado en la galería de «Los raros» de Rubén Darío, era por aquel entonces un hombre parcialmente derrotado, ya en la antesala de las claudicaciones. Frágil, vulnerable, desarbolado hubiera terminado diciendo que sí. Su olfato crítico de sevillano auténtico y desengañado le ocasionó problemas y sus artículos sufrían los efectos de la censura de prensa. Como la historia se repite, los vetos y las postergaciones los venimos soportando los que recogimos su antorcha en el camino de tinieblas y miserias del momento presente. La independencia cuesta cara.

Juan de Dios Ruiz-Copete ha escrito que la obra de Joaquín Romero Murube «constituye en nuestros días el primer testimonio continuo y totalizador de la ciudad tanto por su conmoción objetiva como por la necesidad casi biológica del hombre de sentir la desazón apasionada de su cálida luz. Sevilla es para Joaquín Romero una razón de vida».

A la hora de los reconocimientos y las prebendas pocos se acordaban de Joaquín Romero. Un mes antes de su muerte pronunció en Dos Hermanas el Pregón de la Romería de Valme, después que yo rehusara pronunciarlo, y de haber vivido un año más hubiera dado en Los Palacios el Pregón de las Fiestas de la Virgen de las Nieves, para el que se había ofrecido. Qué contradictorio fue Joaquín Romero Murube y en qué soledad vivía. De vez en cuando nos hacía patéticas confesiones: «...Yo cada vez tengo menos ganas de hacer nada... ¡Ya es tarde para todo!»

Su espíritu entronca a la perfección con el de la «Epístola Moral» de Andrés Fernández de Andrada:

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
y callado pasar entre la gente,  
que no afecto los nombres ni la fama.

El ánimo plebeyo y abatido  
elija, en sus intentos temeroso,  
primero estar suspenso que caído;

que el corazón entero y generoso  
al caso adverso inclinará la frente  
antes que la rodilla al poderoso.

Fíjense hasta dónde Joaquín Romero Murube era un indolente, un desinteresado, un fatalista, un despreocupado por sí mismo y sus pertenencias, que no le daba demasiada importancia a casi nada. Un día me estuvo enseñando textos manuscritos de García Lorca, Adriano del Valle, Jorge Guillén, Gabriel Miró, Dámaso Alonso, Fernando Villalón... En homenaje suyo y a las Reales Academias que convocan este acto voy a leer un romance inédito de Fernando Villalón, que el maestro Romero Murube, en un gesto más de su espíritu generoso, puso en mis manos. Voy a limitarme a su lectura sin ninguna apostilla crítica para la que ya habrá ocasión. Aunque el romance no trae fecha puede situarse cronológica y temáticamente con los «Romances del 800», ignorando los motivos por los que Villalón no lo incluyó en este libro suyo. Se titula «Muerte de Josef-hillo»:

Josef-hillo cabalgando  
por el camino real  
torna cansado a su casa  
pues viene de torear;  
calzándose los chapines  
su novia le esperará.  
Una copla el viento trae,  
él no la puede escuchar:  
«Josef-hillo, Josef-hillo,  
te esperan en el portal,  
siete puñales y un grito  
que no podrás aguantar».

A la entrada de Sevilla  
Josef-hillo ve llegar  
un anciano que le dice:  
«mira que te matarán,  
te diré donde te esperan  
si una limosna me das».  
El le responde arrogante  
«esa buena voluntad

se agradece, pero calla  
que a mí no me matarán,  
veinte veces vi a la muerte,  
veinte me salvó el percal,  
y mi cuadrilla que viene  
tras mi caballo alazán  
impedirá que malvados  
me cosan con su puñal».  
Una limosna le entrega  
—«Librete Dios de este mal».

Josef-hillo va a su casa  
que está en la calle Imperial,  
la cuadrilla se ha quedado  
bebiendo, calles atrás,  
y gastándose el dinero  
que ganaron al torear.

Josef-hillo pone un pie  
a la entrada del portal,  
un empujón le derriba  
y ve brillar un puñal  
que se lo clavan seis veces  
destrozándole la faz.

El torero moribundo  
desgarra en agrío llorar:  
«¡Ay Fernando Villalón  
ve por la seguridad!»  
Estas voces resonaron  
por toda calle Imperial  
y se murió panzarriba  
en las losas del zaguán.

También Romero Murube, como Villalón, era un punto y aparte en la historia de Sevilla. Tenía sus manías, sus paradojas, su mundo recóndito e impenetrable. Parece que Bécquer habla por su boca cuando hace un cuarto de siglo —puesto ya el pie en el estribo— se dolía de que Sevilla había «perdido el tono de su autenticidad y fisonomía característica, y esto en todos los órdenes. Siempre fue

Sevilla —decía él— una ciudad aparte y placentera. Por su gloriosa tradición, por su monumentalidad, por su carácter, por sus costumbres. De todos estos valores hemos hecho tabla rasa, cuando no olvido y desprecio. Hemos destruido la fisonomía de la ciudad, y no para beneficiar al humilde y al desvalido, sino, las más de las veces, por complacer a la potente empresa económica, que viene a su avío y ganancia. Incluso la Giralda ya no suena a Giralda, porque la electrificación la ha mecanizado y descompuso la concertada armonía del campanario más copioso y gentil de la Cristiandad. La calle se ha tornado agria, irrespetuosa; y la ciudad, incómoda, intransitable. Estamos abocados a la quiebra de la gran calidad espiritual de la urbe, y esto lo consideramos lamentable y entristecedor. Hoy no hay que preguntar qué es lo que pasa aquí. La pregunta puede ser más triste y sobrecogedora: Sevilla, en sus valores genuinos y universales que la hicieron siempre famosa, ¿sigue siendo Sevilla?» Hace veinticinco años Joaquín Romero Murube hizo esta pregunta, que refleja el estupor y el desencanto de la visión sevillana de Bécquer, desencantado tras el reencuentro decepcionante con la Sevilla de 1862.

Como Joaquín Romero Murube escapa a cualquier definición, voy a terminar evocándole con el arpegio de la poesía, que es la fuente de la que mana y se eleva el espíritu de aquel que quería volver a empezar de nuevo, por creerse que había tomado un camino equivocado en la vida. Y es que la poesía es un camino sin retorno:

Joaquín Romero Murube  
tuvo en un jardín su espacio.  
Villafranca y Los Palacios  
le dio su sol y su nube.  
Entre demonio y querube  
buscó la sombra y la luz.  
Pero se encontró una cruz  
en la mitad del camino,  
sabiendo que era el destino  
de todo amante andaluz.

Sevilla en los labios llora  
con kasidas de albahaca,  
y de cada patio saca  
la muerte deshojadora.

El columpio de la aurora  
amortaja los racimos.  
Ya no somos los que fuimos,  
que falta tierra y canción,  
y se pierde el corazón  
por los cielos que perdimos.

Qué triste el Conde Laurel  
y la Hermanita Amapola.  
Torero a portagayola  
con miedo en el redondel.  
Nazareno de papel  
perdido por la ciudad.  
Pintura de eternidad  
en un purísimo lienzo,  
que cuelgan en San Lorenzo  
Bécquer y la Soledad.

Que Soledad se llamaba  
la musa de su alegría,  
y le daba compañía  
cuando compañía buscaba.  
Si paso por la Alcazaba  
un frío me siento en la espalda,  
porque veo en cada guirnalda,  
porque veo en cada jazmín  
el tesoro de Joaquín,  
que no cabe en la Giralda.

Rioja le ofreció una rosa,  
Almotamid, sus jazmines;  
y Don Pedro los jardines  
con una odalisca hermosa.  
Arguijo le dio su diosa  
y Pacheco, su capilla.  
Don Baltasar la letrilla  
que en Herrera fue aguafuerte.  
Pero la vida y la muerte  
solo se las dio Sevilla.

Ya es tarde, pueblo lejano,  
para las divagaciones.  
Lleva el romance crespones,  
que está lejos y en la mano.  
Qué grande es ser sevillano,  
ser Joaquín en el recuerdo.  
Por su memoria me pierdo,  
y voy de su gracia en pos,  
porque sé que está con Dios  
y José María Izquierdo.